

Poetisa de Vivero

No es, o mucho nos engañamos, esta la primera vez que asoma a nuestro balcón el nombre de Luz Pozo Garza, la poetisa de Vivero.

Bien fuera con ocasión de una glosa dedicada por nosotros a destacar la singular y preponderante aportación de la mujer a la poesía gallegana, a señalar esa clara línea que va desde Rosalía a Herminia, a Pura y a la propia Mary-Luz, bien fuera en cualquier otra coyuntura, y entonces de pasada, lo cierto es que de la personalidad trica de la señora Pozo Garza ya nos hemos hecho eco en algún instante, aunque ahora no resulte fácil su fijación, su referencia al almanaque.

Precedido de inmerecida dedicación, tenemos sobre la mesa un intenso trabajito de la poetisa, titulado "La vida y el poeta" y escrito, aunque en prosa con un pulso poético tensísimo, "como reacción a esa corriente actualísima que antepone a todo las inexorables palabras de muerte, caos, silencio, desolación..."

Luz Pozo Garza, cuyo nombre lleva en sí una obsesionante reiteración de la "z", la postrema grafía del alfabeto, protesta, con un lujo vital y exuberante, contra el "tremendismo" nihilista de ciertas escuelas coetáneas, y tiende a imbuir al lector de su creencia de "que la vida es madura, redonda y encendida de sabor, como las granadas". Y predica su fe optimista y plebataria con una pujante evasión de las montañas, a donde "huela a lenta luna joven", a donde el dolor sea "vieja palabra sin eco, escrita con saliva en el aire", al huerto en el que todavía las manzanas "rebotan sobre el tibio corazón de los árboles"...

Hay que reconocer que esta encendida, tibiamente sensual, casi mística, fuga de la cantora a un seto paradisiaco anterior al escepticismo, a la agonía y a la decadencia, tiene todo el pathos de una página de Bach y todo el palpitante desahogo de una purificadora estrofa de Lesbos.

Abrigamos el temor de que el presente y público acuse de recibido peque de indiscreto. Luz no dedicó sus cuartillas al periodista-manirroto, debido a su público--sino al profesor, ente archivador, reservado e íntimo por excelencia.

De ser cierto nuestro temor, quede aquí lastimosamente solicitada la venia de la autora.

Tampoco no acertamos a decidírnos entre la conveniencia de confiar sigilosamente, una y más veces paladeadas, deglutidas, las líneas de Luz Pozo a estas pausadas carpetas de papeles predilectos, y la posibilidad de entregarlas al ordenador de la página semanal "Plumas y Letras Gallegas", para que el placer de su lectura se comuniquen, se di'unda por la tarde gallega como una gratísima aula de sedoso tacto.

Perplejos en este aspecto, no nos vendría mal una terminante indicación de su autora, la cual, de producirse, será, no digamos fielmente, caballerescamente respetada.

Nosotros no somos tan egoístas como para pretender que nos levanten una catedral en nuestro patio de luces, donde, viéndola nosotros solos, no pueda haber ruido de zuecos aldeanos, ni el ¡oh!, ¡oh! del turista, ni el "bs, bs" de las piadosas mujeres.

Nos conformamos--y no es poco--con disfrutar las primicias. Después viene la alegoría del sembrador.

RABANAL